

EL CUÑADO LA LOTERÍA

Y OTRAS AMENAZAS NAVIDEÑAS

SOBREVIVE (SI PUEDES)



CLARA LANE

El cuñado, la lotería y otras amenazas navideñas.

(Sobrevive, si puedes)

A todas las personas
que han sobrevivido a una Navidad,
sin mandar a nadie "a Parla".
(A las demás, también).

Clara Lane

Tabla de contenido

PRÓLOGO	9
Bienvenid@ a diciembre. Ya no hay marcha atrás.	9
CAPÍTULO 1	13
Cómo sobrevivir a tu cuñado sin estamparle un polvorón en la cabeza.	13
Capítulo 2	24
El anuncio de la Lotería: cada año intentando hacernos llorar más que el anterior.....	24
Capítulo 3	30
La lotería de navidad: el día en que todos creemos que nos va a tocar.	30
Capítulo 4	35
Los décimos compartidos: alianzas peligrosas y supersticiones absurdas	35
CAPÍTULO 5	40
Nos hemos adelantado como el turrón... volvamos al principio	40
Capítulo 6	47
Compras impulsivas: ibas a por una cosa... y sales con media tienda	47

Capítulo 7	52
Cenas de empresa: la cena que nadie quiere, pero a la que todos van.....	52
Capítulo 8	57
La cena con amigas: la reunión que se intenta desde octubre	57
Capítulo 9	62
El arte español de cancelar planes sin quedar mal	62
Capítulo 10	69
Decorar la casa: ilusión, polvo y adornos que nadie sabe de dónde han salido.	69
Capítulo 11	75
El Belén improvisado: pastores, dinosaurios y algún Playmobil infiltrado.....	75
CAPÍTULO 12	82
Los calendarios de Adviento: ansiedad, azúcar y chocolate del malo	82
Capítulo 13	87
Los elfos navideños: la mayor trampa moderna para padres cansados	87
CAPÍTULO 14	94

Limpiar la casa como si fueran a mirar detrás del microondas	94
<i>CAPÍTULO 15</i>	99
Papá Noel en España: regalos escondidos, disfraces sospechosos y la misión imposible del 24.....	99
<i>CAPÍTULO 16</i>	108
El exceso de comida: el deporte oficial de diciembre	108
<i>CAPÍTULO 17</i>	113
Postres navideños: alegría, azúcar y arrepentimiento	113
<i>CAPÍTULO 18</i>	118
Los Tupper navideños: nadie los quiere, pero todo el mundo se va con uno	118
<i>CAPÍTULO 19</i>	125
Regalos sin arruinarte: el arte de quedar bien... o cagarla con estilo.....	125
<i>Capítulo 20</i>	130
El catálogo eterno de regalos absurdos	130
<i>CAPÍTULO 21</i>	137
El Amigo Invisible: la tómbola emocional que demuestra que todos somos un poco malas personas.....	137
<i>CAPÍTULO 22</i>	142

El cementerio de regalos: donde va a morir todo lo que te regalan en Navidad (que no te gusta)	142
Capítulo 23	147
La abuela que te cebaría aunque acabaras de comer en un buffet libre	147
Capítulo 24	155
La batalla por la silla buena, el sofá y “mi sitio de siempre”	155
Capítulo 25	162
Nochebuena: empieza bien, acaba como Dios quiere	162
CAPÍTULO 26	173
Los concursos familiares: cuando tu familia se transforma en Las Vegas	173
CAPÍTULO 27	179
Nochevieja: 12 uvas en 12 segundos	179
CAPÍTULO 28	187
La Cabalgata de Reyes: la guerra civil por un caramelo	187
Capítulo 29	193
La noche de Reyes: la operación más delicada del año	193
CAPÍTULO 30	200

La invasión de juguetes: cuando tu casa deja de ser tuya	200
<i>CAPÍTULO 31</i>	205
El roscón de Reyes: alegría, goma de colores y la maldición del haba	205
<i>CAPÍTULO 32</i>	211
La báscula: La gran enemiga de enero	211
<i>CAPÍTULO 33</i>	218
Los propósitos de Año Nuevo: las mentiras que duran 72 horas..	218
<i>Epílogo</i>	223

PRÓLOGO

Bienvenid@ a diciembre. Ya no hay marcha atrás.

Vamos a dejar algo claro desde el principio, a la Navidad se sobrevive.

Si has abierto este libro esperando encontrar paz, espíritu navideño o recetas para impresionar a tu familia... ¡ciérralo ahora mismo! Este libro no va de eso. Va de asumir que diciembre es un mes diseñado para ponerte a prueba como ser humano.

Porque la Navidad no empieza cómo ni cuándo tú quieres. Empieza cuando le da la gana. Y, normalmente te pilla cansada, sin dinero, con prisas y con menos paciencia que un semáforo en hora punta.

Tú empiezas diciembre creyendo que este año lo tienes controlado, que no te va a pillar el toro, que vas a organizarte mejor, que vas a comprar los regalos con tiempo, que no te vas a estresar, que no vas a discutir, que no vas a comer de más, que no vas a gritarle a nadie por culpa de una bandeja de canapés mal colocada...

¡JA!

Diciembre llega como una avalancha disfrazada de luces bonitas. Primero te sonríe, luego te organiza comidas que no has pedido, te mete compromisos en la agenda que no te apetecen y, cuando quieres darte cuenta, estás discutiendo por WhatsApp si el día 24 se cena en una casa o en otra mientras masticas un polvorón que ni te gusta realmente.

Este libro no va de odiar la Navidad.

Va de sobrevivirla.

Va de reírte cuando ya no te queda paciencia.

De sentirte acompañada cuando estás hasta el toto del villancico número 17.

De reconocer situaciones y pensar:

“¡ESTO ME PASA A MÍ!”

Porque la Navidad española no es la de los anuncios.

Es la de limpiar la casa como si viniera tu suegra a pasar una inspección.

Es la de comprar comida como para alimentar a los 156.000 soldados del desembarco de Normandía.

La de discutir por caramelos duros en la cabalgata, como si fueran el anillo de Frodo.

La de prometerte que el año que viene lo harás mejor... sabiendo que es mentira.

Este libro es para ti, si en diciembre hay días que te ríes por no llorar, bebes más vino del que admitirías, comes sin hambre, discutes sin ganas y sobrevives sin manual.

Y si al terminarlo te ríes, asientes con la cabeza y piensas:

“¡Es que es TAL CUAL!”

Entonces misión cumplida.

Así que pasa.

Siéntate.

Sírvete otra copa.

Y prepárate.

Porque la Navidad ya ha empezado.

Y salir... no es una opción.

CAPÍTULO 1

Cómo sobrevivir a tu cuñado sin estamparle un polvorón en la cabeza.

La Navidad española tiene muchas tradiciones maravillosas: los turrone, los roscones... y, por supuesto, el cuñado, esa figura navideña que aparece en Navidad como la niebla de Valladolid: sin avisar, sin sentido y sin intención de marcharse pronto. No importa de qué familia seas: uno te toca. Puede ser biológico, político o espiritual, pero aparece. Siempre.

El cuñado es esa criatura con radar especial para convertir cualquier comentario inocente en una conferencia improvisada. Tú dices algo tan normal como:

— *“vaya frío que hace hoy”*

Y él, sin pedir permiso ni respirar, enlaza eso con la crisis energética, la política internacional, la subida del aceite, lo mal que gestiona España absolutamente todo y, por supuesto, ¡lo que él haría si estuviera en el poder!

Porque el cuñado vive convencido de que, si alguien le diera un despacho en La Moncloa y media hora de margen, arreglaría el país de arriba abajo entre langostino y langostino.

Lo primero es aceptar una verdad universal: el cuñado pesado no sabe que lo es. En su cabeza, él está iluminando el mundo. A veces hasta te mira como esperando aplausos, como si hubiera profundizado en una verdad que Aristóteles pasó por alto.

Hay cuñados que trabajan a tiempo parcial como calculadoras emocionales analizando tus decisiones desde 2008 y explicándotelas “*por si no las habías entendido*”. Son útiles como un cenicero en una moto.

La escena se repite todos los años: él empieza a hablar con esa confianza irritante y tú experimentas ese viaje espiritual que te lleva de la paciencia al homicidio, pasando por la resignación, la incredulidad y la fase de “*voy a beber vino hasta que esto me dé igual*”.

La cena aún no ha ni empezado cuando suelta la primera perla:

—*Madre mía cómo está el aceite. Esto antes no pasaba.*

Tú piensas:

“ANTES, ¿CUÁNDO? ¿EN LA ÉPOCA DE LOS DINOSAURIOS?”

Pero sonríes. Aún tienes esperanza. (Ingenua)

Luego remata con:

—*Yo el coche eléctrico no lo quiero. Eso es una estafa piramidal.*

Tú ni siquiera tienes coche eléctrico, pero ya estás agotada. Y aún ni te has sentado...

Tú intentas pelar tu langostino en paz, y de pronto oyes:

—*No, si el problema de este país es que nadie sabe ahorrar.*

Y tú piensas:

“Claro, por eso tienes la tele a plazos, maestro.”

Lo que estaréis de acuerdo conmigo es que, en España, se debería prohibir hablar de política en Navidad.

Pero el cuñado no debe de opinar lo mismo, porque en cuanto alguien comenta:

—*Qué frío hace este año...*

Él salta:

—*Esto es culpa del gobierno, que no tienen NI IDEA.*

¿De qué?

Da igual.

De todo.

Él empieza a señalar con el tenedor... como si estuviera en Al Rojo Vivo. Se ilumina. Habla de impuestos, autónomos, Europa, Israel, Ucrania, Trump, el clima... ¡A veces mezcla temas!, pero nadie dice nada, ¡No vaya a ser que se venga más arriba!

—*A este país lo que le falta es buena gestión.*

“¿TUYA?”, piensas.

(Si a ti te cuesta gestionar hasta el gas de la vitro, crack).

Y tú, que solo querías comentar el tiempo, te encuentras atrapada en un monólogo sobre el mercado energético, la inflación, el gobierno, la sequía, Jaén, la UE y, si te descuidas, por qué Mbappé no ha fichado antes por el Madrid (que es culpa de alguien, no se sabe quién, pero alguien tiene la culpa y seguro que él lo sabe).

Pasado un rato, la conversación cambia, pero el cuñado no.

Ahora opina sobre hipotecas.

—Yo firmé la mía en el mejor momento. Solo es cuestión de saber leer el mercado.

(El mismo que pidió 10 años más de plazo “*por si acaso*”).

Después habla del precio del alquiler, del euríbor, del teletrabajo y de que él “*lo ve venir todo*”.

(Él no ve venir ni que la suegra está a punto de tirarle el pan a la cabeza).

Tú pones cara de interés, claro, porque es Navidad y estás intentando ser una persona decente, pero por dentro estás haciendo la lista mental de personas a las que jamás volverías a invitar a tu casa... y él va primero, segundo y tercero.

A partir de la tercera copa de vino pasa al modo tertuliano iluminado:

—Las vacunas... mira, yo no digo nada... pero conozco a uno...

—El clima está manipulado.

—*Los móviles lo escuchan todo...*

Tú miras tu móvil y piensas “*Si me está escuchando, que me mande ayuda*”.

Pero ojo: el cuñado solo es peligroso cuando alguien lo escucha. Es como el fuego, si no lo alimentas, se apaga. Pero basta que alguien diga:

—*Bueno, no sé yo...*

y ¡BOOM!,

¡Has invocado al Kraken!

Él gesticula, sube la voz, te mira como si fueras su aprendiz Jedi mientras tu remueves el vino en la copa como si fuera un ansiolítico.

El problema real, no es que opine, ¡es que no para!

Se alimenta de su propio eco.

¡Es una central de monólogos!

—*Vamos a ver, ¿es que esto es de sentido común!*

(La frase favorita de la gente que nunca se ha cuestionado una idea en su vida.)

Tu hermana dice que tiene humedad en casa... Él, con dos copas encima, suelta:

—*Eso te lo arreglo yo en una tarde.*

¡Una tarde dice!

Este señor... ¡que necesita 3 días y una plegaria para colgar una cortina!

Y entonces llega la parte personal. La que quieres evitar a toda costa...

Si tienes hijos, estás perdida...

Si NO los tienes, ¡también!

El cuñado va a opinar igual...

—*Los niños de ahora no saben aburrirse.*

—*Si yo tuviera hijos...*

“¡Menos mal que no tienes!”, piensas tú, mientras rebuscas el vino como si fuera oxígeno.

Y el 90% de las veces lo va a rematar con un...

—*Eso es porque les das Tablet.*

Y tú ahí, pensando “¡Les doy Tablet para no darte a ti con ella en la cabeza!”

Tú respiras hondo, mientras te preguntas en qué momento exacto de la vida permitiste que esta persona tuviera acceso a tus Navidades.

La mejor parte (porque siempre la hay) llega cuando suelta su frase estrella:

“No, si yo no digo nada...” y acto seguido dice absolutamente TODO.

Todo lo que no le has pedido, todo lo que no necesitas, todo lo que él cree que debes hacer para vivir mejor.

Y tú, por dentro solo piensas:

“Por favor, que venga un polvorón y me ahogue.”

Así que, si quieres sobrevivir, no puedes enfrentarte al cuñado directamente. Tienes que aplicar una estrategia.

La primera consiste en asentir con elegancia, con esa sonrisa neutra que dice *“te escucho porque es Navidad y no quiero violencia”*, pero que por dentro está diciendo *“respira, que, si no, te encarcelan”*.

La segunda consiste en huir al baño, el único lugar neutral donde nadie puede seguirte con teorías sobre la Reforma Laboral.

Y la tercera, es usar frases que lo desactiven: comentarios suaves, vagos, del tipo *“bueno, todo es relativo”*, *“habría que ver...”*, *“es un tema complejo...”*,

El cuñado se siente escuchado.

Tú evitas un aneurisma.

Todos salís ganando.

Y si, aun así, tu cuñado se pone intenso, utiliza el cambio de tema abrupto elegante.

Algo como: *“¿Probaste el jamón? Está buenísimo.”* O *“Uy, me parece que se está quemando algo en la cocina...”*

Da igual si no se está quemando nada. La cocina es como Hogwarts: siempre es creíble volver allí.

¡Ah! ¡Importante! Si tu cuñado discute con tu suegra...TÚ NO EXISTES.

La batalla es legendaria.

El resto de la familia mira como si fuera Juego de Tronos.

—*Eso no se hace así.*

—*¡Que sí Paco!, que llevo yo haciendo esto toda la vida.*

—*Pues toda la vida lo has hecho mal...*

Mientras, tú disfrutas del espectáculo sabiendo que uno de los dos va a acabar cabreado y ninguno de ellos será tú.

Porque sobrevivir al cuñado (sin gritar, sin llorar y sin tirarle el tupper a la cabeza) es uno de los grandes logros de la Navidad española. Un pequeño milagro. Algo que debería convalidar puntos de paciencia para todo el año siguiente.

Y aunque cada año juras que el siguiente lo vas a sentar en la mesa de los niños para tenerlo lejos, sabes perfectamente que volverás a

verle al año siguiente, porque, nos guste o no, el cuñado no se elimina, se gestiona.

Si no existiera, la cena sería más tranquila, sí... pero también menos divertida. Menos española. Menos *“esto solo pasa aquí”*.

Así que lo aceptamos, lo gestionamos y lo dejamos hablar, un año más, conscientes de que el verdadero espíritu navideño no está en los villancicos ni en las luces: está en no estrangular al cuñado mientras te explica por qué todo el mundo está equivocado excepto él.

Y mientras cierras la puerta, te apoyas en ella, respiras hondo y piensas:

“Un año más sin gritar, sin llorar, sin tirarle un polvorón a la cabeza. Estoy preparada para cualquier cosa. Incluso para enero.”

Porque esa es la verdad, la Navidad no necesita pruebas de valor.

Ya tiene una.

Se llama tu cuñado.